John Steinbeck



LOS CRISANTEMOS

Ilustraciones de
Carmen Bueno

Traducción de
José Manuel Álvarez Flórez

Esta pequeña obra maestra de Steinbeck retrata la vida de Elisa Allen, una mujer fuerte y apasionada, que lleva una existencia sin brillo, dedicada a su hogar. Casada con un granjero de California, su única ilusión y orgullo es el cultivo de sus flores. La aparición de un buhonero le hará cuestionarse, en cierto modo, su condición de mujer.

Aparecido por primera vez en 1937 en la revista *Harper*, el autor norteamericano nos habla de la cuestión del género de una manera sutil y delicada. Es un momento en el que el mundo de las mujeres está dominado por los hombres, que impiden su realización personal, social y sexual.

El simbolismo que subyace a lo largo de toda la obra hace que sea uno de los relatos cortos más bellos e imprescindibles del ganador del Premio Nobel en 1962.



John Steinbeck

Los crisantemos

ePub r1.0
Titivillus 27.08.16

Título original: *The Crysanthemums*
John Steinbeck, 1938
Traducción: José Manuel Álvarez Flórez
Ilustraciones: Carmen Bueno
Diseño de cubierta: Diego Moreno

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2









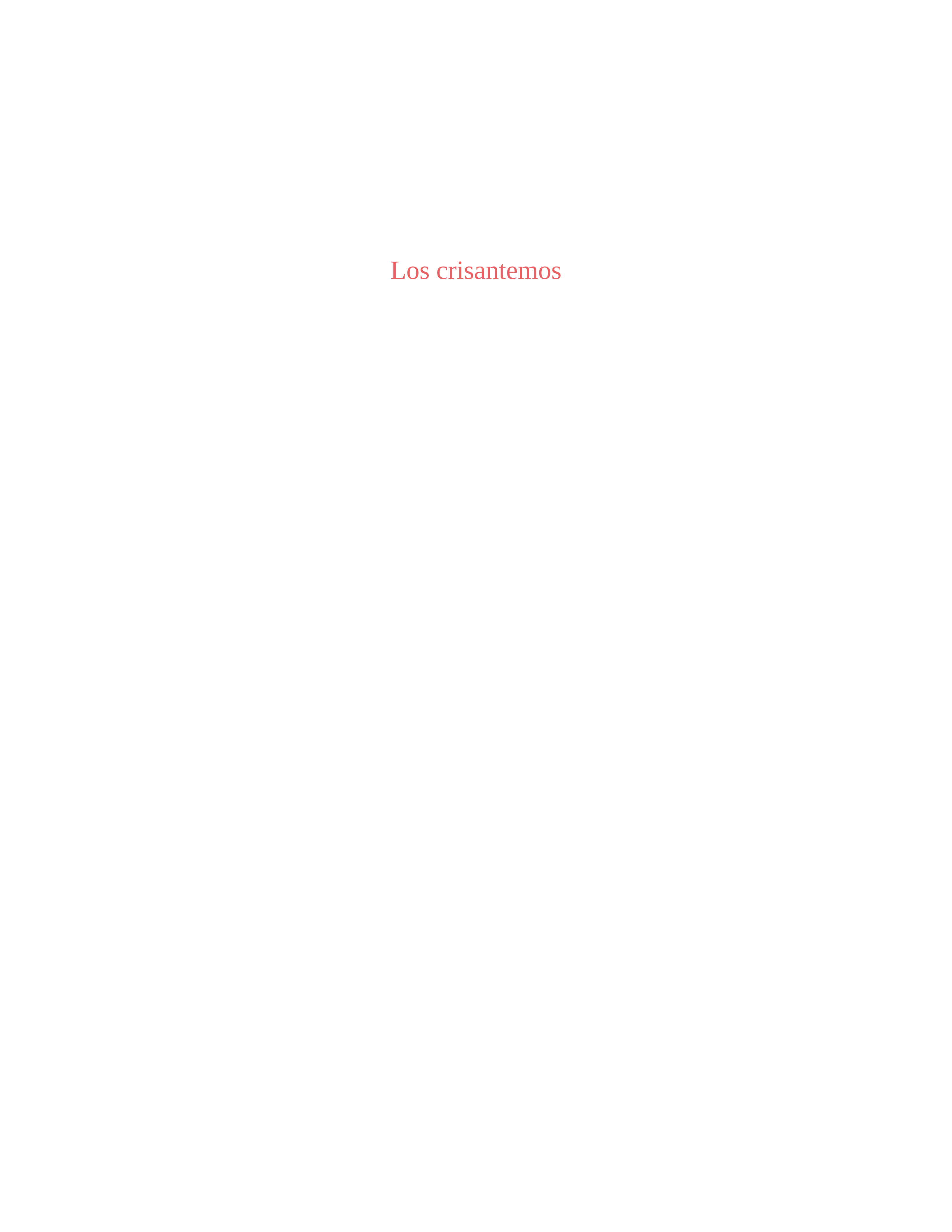












Los crisantemos





La densa niebla invernal alta y oscura aislaba el valle de Salinas del cielo y del resto del mundo. Se posaba a ambos lados en las montañas como una tapa y convertía el gran valle en una olla cerrada. En la extensa vega, los arados múltiples hundían las rejas dejando a su paso la tierra negra brillante como metal. En los ranchos de la ladera del otro lado del río Salinas, los campos de rastrojo amarillos parecían bañados de un sol pálido y frío, pero en diciembre no había sol en el valle. La espesura de sauces de las riberas resplandecía con sus hojas ocres y amarillas.

Era tiempo de calma y de espera. El aire era frío y suave. Soplaba un ligero viento del suroeste y los granjeros abrigaban cierta esperanza de que lloviera pronto; pero la niebla y la lluvia nunca iban juntas.

En el rancho de Henry Allen, al pie de la colina del otro lado del río, había poco trabajo que hacer, porque ya habían segado y recogido el heno y los campos estaban arados para recibir bien la lluvia cuando llegara. El ganado de los ribazos más altos empezaba a tener el pelaje greñudo y áspero.

Elisa Allen, que trabajaba en su jardín, miró hacia abajo, al otro lado del corral, y vio a su marido Henry y a dos hombres con traje de calle que estaban hablando. Se encontraban junto al cobertizo del tractor y los tres apoyaban un pie en el estribo del pequeño Fordson. Fumaban cigarrillos y examinaban la máquina mientras conversaban.



Elisa los observó un momento y volvió a su trabajo. Tenía treinta y cinco años, el rostro enjuto y fuerte y los ojos claros como el agua. El atuendo de jardinera parecía ocultar y engrosar su figura: sombrero negro de hombre encasquetado casi hasta las cejas, zapatones, un vestido estampado que apenas se veía debajo del delantal de pana grande con cuatro bolsillos grandes para las tijeras, el desplantador y raspador, los esquejes y el cuchillo con que trabajaba. Se protegía las manos con gruesos guantes de cuero.

Estaba cortando los tallos de los crisantemos de la temporada anterior con unas tijeras cortas y potentes. De vez en cuando desviaba la vista hacia los hombres del cobertizo del tractor. Su rostro era anhelante, maduro y bien parecido; hasta su forma de manejar las tijeras era demasiado anhelante y contundente. Los tallos de crisantemo parecían demasiado pequeños y manejables para su energía.

Elisa se retiró de los ojos un mechón de cabello con el dorso del guante, dejándose al hacerlo una mancha de tierra en la mejilla. Detrás de ella se alzaba la casa blanca y pulcra de la granja, rodeada de geranios rojos casi hasta las ventanas. Era una casita de aspecto inmaculado, con ventanas impecables y una alfombrilla limpia en los escalones de la entrada.

Elisa echó otra ojeada hacia el cobertizo del tractor. Los desconocidos subían en aquel momento al Ford cupé. Ella se quitó un guante e introdujo los dedos fuertes entre los retoños de crisantemo que crecían de las raíces viejas. Apartó las hojas y miró entre los tallos apretados. No se veían pulgones ni cochinillas, ni caracoles ni orugas. Sus dedos de terrier eliminaban esas plagas antes de que pudieran empezar.

Elisa se sobresaltó al oír la voz de su marido. Se había acercado sin hacer ruido y se inclinó sobre la alambrada que protegía el jardín de ella del ganado, los perros y las gallinas.

—Otra vez dale que te pego —dijo él—. Tienes una buena cosecha en perspectiva.

Elisa enderezó la espalda y volvió a ponerse el guante.

—Sí. Serán fuertes este próximo año —dijo ella, con cierta presunción en el tono y en el gesto.

—Tienes un don especial —comentó Henry—. Algunos crisantemos amarillos de este año hacían un palmo de diámetro. Ojalá trabajaras en el huerto y consiguieras manzanas tan grandes.

Ella aguzó la mirada.

—Tal vez pudiera hacerlo también. Tengo un don especial, es cierto. Mi madre también lo tenía. Plantaba lo que fuese y conseguía que creciera. Ella decía que todo consistía en tener unas manos de plantador que supieran cómo hacerlo.



—Pues con las flores funciona, desde luego —dijo él.

—¿Quiénes eran los hombres con los que hablabas, Henry?

—Sí, venía a decírtelo. Eran de la Empresa Cárnica del Oeste. Les he vendido treinta novillos de tres años. Y casi al mismo precio que les pedí.

—Muy bien —dijo ella—. Estupendo.

—Y había pensado —prosiguió él—, había pensado que como es sábado por la tarde, podríamos ir a Salinas a cenar a un restaurante, y luego a ver una película… para celebrarlo, si te parece.

—Muy bien —repitió ella—. Oh, sí. Será estupendo.

Henry adoptó su tono burlón.

—Esta noche hay combates. ¿Te gustaría ir al boxeo?

—Oh, no —dijo ella jadeante—. No, no me gustaría.

—Solo bromeaba, Elisa. Iremos al cine. Veamos. Ahora son las dos. Me llevaré a Scotty y bajaremos los novillos de la colina. Tardaremos unas dos horas. Llegaremos a la ciudad hacia las cinco y cenaremos en el hotel Cominos. ¿Te apetece?

—Pues claro que me apetece. Es agradable comer fuera de casa.

—De acuerdo, entonces. Iré a sacar un par de caballos.

—Tendré tiempo suficiente para trasplantar algunos de estos esquejes, supongo —dijo ella.

Elisa oyó a su marido llamar a Scotty abajo, junto al establo. Y poco después los vio cabalgar por la ladera amarillenta arriba en busca de los novillos.





Había un pequeño cuadro de arena reservado para que los esquejes de los crisantemos arraigaran. Elisa removió bien la tierra con el desplantador, la allanó y la apretó bien con las palmas. Luego abrió diez surcos paralelos para los esquejes. Volvió al parterre de los crisantemos, arrancó los frágiles retoños, les cortó las hojas uno a uno con las tijeras y los colocó en un montoncito ordenado.

Llegó entonces de la carretera el chirrido de ruedas y el pesado golpeteo de cascos. Elisa alzó la vista. La carretera rural discurría paralela a la espesura de sauces y álamos de Virginia que bordeaba el río, y por ella subía un vehículo extraño, con un extraño tiro. Era un viejo carro de ballestas de cubierta de lona como los carromatos de los pioneros, de aquellos que llamaban *goletas de la pradera*. Tiraban de él un viejo caballo bayo y un burrito rucio. Guiaba el lento tiro un hombre corpulento con barba de varios días, sentado entre los alerones de la cubierta. Un perrillo flaco y larguirucho iba caminando tranquilamente debajo del carro, entre las ruedas traseras. En la lona había pintado un letrero con letras torpes y torcidas. «Cazuelas, pucheros, cuchillos, *tiseras, cortasespedes*. Se arreglan». Dos líneas de artículos y debajo el triunfal y definitivo: «Se arreglan». La pintura negra se había corrido en puntitos debajo de cada letra.

Elisa se quedó mirando, acuclillada en el suelo, para ver pasar el extraño carro desvencijado. Pero no pasó de largo. Torció y entró en el camino de la granja, hacia la casa, con las viejas ruedas torcidas rechinando y chirriando. El perro larguirucho salió disparado de entre las ruedas y se adelantó corriendo. Los dos perros pastores del rancho corrieron a su encuentro. Luego se pararon los tres y con los rabos tiesos y temblones, las patas rectas y tensas, con dignidad de embajadores, dieron la vuelta despacio, olfateándose con delicadeza. El carromato llegó hasta la alambrada del jardín de Elisa y se detuvo. Entonces, el perro recién llegado se sintió inferior en número, bajó el rabo y se retiró debajo del carro enseñando los dientes y erizando el pelo.

—Es un perro peligroso en una pelea cuando se lanza —gritó el hombre sentado en el pescante.

Elisa se rio.

—Sí, ya lo veo. Y ¿cuánto suele tardar en lanzarse?

El hombre captó la risa de ella y se rio también de buena gana.

—A veces, semanas y semanas —dijo. Bajó del carro rígidamente por encima de la rueda. El caballo y el burro se inclinaron como flores sin regar.









Elisa comprobó que era un hombre muy corpulento. Tenía el pelo y la barba entrecanos, pero no parecía mayor. Vestía un traje negro raído y arrugado, con manchas de grasa. La risa había desaparecido de su rostro y de sus ojos en el momento en que cesó su voz risueña. Tenía los ojos oscuros, llenos de la melancolía que impregna la mirada de los cocheros y los marineros. Las manos callosas que apoyó en la alambrada estaban agrietadas y cada grieta era una línea negra. Se quitó el maltrecho sombrero.

—Estoy fuera de mi ruta habitual, señora —dijo—. ¿Esta carretera de tierra cruza el río hasta la de Los Ángeles?

Elisa se levantó y se guardó las gruesas tijeras en el bolsillo del delantal.

—Bueno, sí, lo cruza, pero da un rodeo antes de vadearlo. No creo que el tiro que lleva pueda con el carro en la arena.

—Le sorprendería lo que son capaces de hacer estos animales —replicó él con cierta aspereza.

—¿Cuando se lanzan? —preguntó ella.

Él sonrió un segundo.

—Sí. Cuando se lanzan.

—Bueno —dijo Elisa—, creo que se ahorrará tiempo si retrocede hasta la carretera de Salinas y toma allí la carretera principal.

Él hizo resonar la alambrada rasgueándola con un pulgar.

—No tengo prisa, señora. Hago la ruta de ida y vuelta entre Seattle y San Diego todos los años. Me lleva todo el tiempo. Unos seis meses cada viaje. He de seguir al buen tiempo.

Elisa se quitó los guantes y los embutió en el bolsillo del delantal con las tijeras. Recorrió el borde inferior de su sombrero masculino en busca de cabellos sueltos.

—Parece una forma agradable de vivir —dijo.

Él se inclinó con aire confidencial sobre la alambrada.

—No sé si se ha fijado usted en el letrero de mi carro. Arreglo cacerolas y afilo cuchillos y tijeras. ¿Tiene que hacer alguna de esas cosas?

—Oh, no. Nada de eso —dijo ella rápidamente. Su mirada se endureció con repulsa.

—Lo peor son las tijeras —explicó él—. La mayoría de la gente las estropea intentando afilarlas, pero yo sé hacerlo. Tengo una herramienta especial. Un aparatito pequeño, patentado. Y que funciona, desde luego.

—No. Todas mis tijeras están afiladas.

—Bueno, entonces, una olla, por ejemplo —continuó él insistente—, una olla abollada o que tenga un agujero. La dejaré como nueva y no tendrá que comprar otra. Se ahorrará dinero.

—No —dijo ella en tono cortante—. Ya le he dicho que no tengo nada que arreglar.

El semblante de él mostró una tristeza exagerada. Su voz adquirió un tono quejumbroso.



—Hoy no he conseguido arreglar nada. Tal vez no cene esta noche. Es que estoy fuera de mi ruta habitual. Tengo clientes en toda la carretera entre Seattle y San Diego. Guardan las cosas para que se las arregle yo porque saben lo bien que lo hago y que les ahorro dinero.

—Lo lamento —dijo Elisa con irritación—. No tengo nada que pueda arreglar usted.

Él bajó la mirada, apartándola de la cara de ella y buscando en el suelo. Lo recorrió hasta que llegó al arriate de los crisantemos en el que había estado trabajando ella.

—¿Qué plantas son esas, señora?

La irritación y el rechazo se disiparon del rostro de Elisa.

—Ah, son crisantemos, crisantemos blancos y amarillos enormes. Los cultivo todos los años, nadie los tiene tan grandes por aquí.

—¿Es una flor de tallo largo? ¿Que parece una bocanada de humo coloreado? —preguntó él.

—Exacto. Qué forma tan bonita de describirlos.

—Tienen un olor un poco desagradable hasta que uno se acostumbra —dijo él.

—Es un aroma acre intenso —replicó ella—, nada desagradable.

Él cambió de tono rápidamente.

—A mí también me gusta el olor.

—Este año han dado flores de más de un palmo de diámetro —dijo ella.

El hombre se inclinó más sobre la alambrada.

—Verá. Conozco a una señora, más adelante, siguiendo la carretera, que tiene el jardín más bonito que se haya visto. Cultiva casi toda clase de flores, pero no tiene crisantemos. La última vez que estuve allí, le arreglé una tina con el fondo de cobre (un trabajo difícil, pero que yo hago bien), y me dijo: «Si alguna vez encuentra por casualidad unos crisantemos bonitos me gustaría mucho conseguir algunas semillas». Eso es lo que me dijo.

La mirada de Elisa se animó entusiasta.

—Pues no sabía mucho de crisantemos. Pueden cultivarse también sembrando las semillas, pero es mucho más fácil plantar esos pequeños

retoños que ve usted ahí.





—¡Vaya! —dijo él—. Entonces supongo que no podré llevarle ninguno.

—¡Pues claro que puede! —exclamó Elisa—. Puedo colocar algunos en arena húmeda y puede llevárselos usted. Arraigarán en la maceta si los mantiene húmedos. Y luego ella puede trasplantarlos.

—Le gustaría mucho tener algunos, desde luego, señora. Y ¿dice usted que son bonitos?

—Preciosos. Sí, preciosos —dijo ella. Le brillaban los ojos. Se quitó el sombrero maltrecho y sacudió el hermoso cabello oscuro—. Los plantaré en una maceta y podrá llevárselos. Pase al jardín.

Mientras el hombre cruzaba la cerca, Elisa corrió emocionada por el camino bordeado de geranios que llevaba a la parte posterior de la casa. Volvió con una maceta roja grande. Ya no pensaba en los guantes. Se arrodilló en el suelo junto al parterre preparado, revolvió la tierra arenosa con los dedos y fue llenando con ella la maceta. Luego cogió el montoncito de retoños que había preparado. Los plantó con sus dedos fuertes en la arena, apretándola luego bien alrededor con los nudillos. El hombre la observaba parado junto a ella.

—Le diré lo que hay que hacer —dijo ella—. Recuérdelo bien para que pueda decírselo a la señora.

—Sí, procuraré recordarlo.

—Bueno, mire. Estos echarán raíces en un mes más o menos. Entonces ella tiene que trasplantarlos, con unos treinta centímetros de separación, a una tierra fértil como esta, ¿ve? —Alzó un puñado de tierra oscura para que él la viese—. Crecerán mucho enseguida. Ahora recuerde bien esto: dígale que en julio tiene que cortarlos a unos veinte centímetros del suelo.

—¿Antes de que florezcan? —preguntó él.

—Sí, antes de que florezcan —contestó Elisa, con la cara tensa de entusiasmo—. Volverán a crecer enseguida. Hacia finales de septiembre brotarán los capullos.

Se interrumpió, parecía desconcertada.

—Cuando salen los capullos es cuando requieren mayores cuidados —dijo, vacilante—. No sé cómo contárselo.

Le miró a los ojos, una mirada penetrante y escrutadora. Abrió un poco la boca como si estuviese escuchando.

—Intentaré explicárselo —dijo—. ¿Ha oído hablar alguna vez de *manos de plantadora*?

—La verdad es que no, señora.



—Bueno, lo único que puedo decirle es lo que se siente. Cuando se eliminan los capullos que no se quieren. Entonces todo se concentra en las yemas de los dedos. Lo hacen los propios dedos. Los ves trabajar. Lo sientes. Arrancan un capullo tras otro. Sin equivocarse nunca. Se funden con la planta. ¿Comprende? Son tus dedos y la planta. Es algo que se siente brazo arriba. Ellos lo hacen. Nunca se equivocan. Lo sientes. Cuando eres así, no puedes hacer nada mal. ¿Lo entiende? ¿Puede comprenderlo?

Estaba arrodillada en el suelo, con la cabeza alzada mirándolo. El pecho henchido de entusiasmo.

El hombre achicó los ojos. Apartó la mirada con timidez.

—Tal vez lo entienda, sí —dijo—. A veces, por la noche en el carro…

La voz de Elisa se hizo ronca. Le interrumpió:

—Yo nunca he vivido como vive usted, pero sé lo que quiere decir. Cuando la noche es oscura…, bueno, las estrellas brillan intensamente y todo es silencio. Y bueno, ¡te elevas cada vez más! Y cada estrella te traspasa. Es así. Ardiente e intenso y… maravilloso.

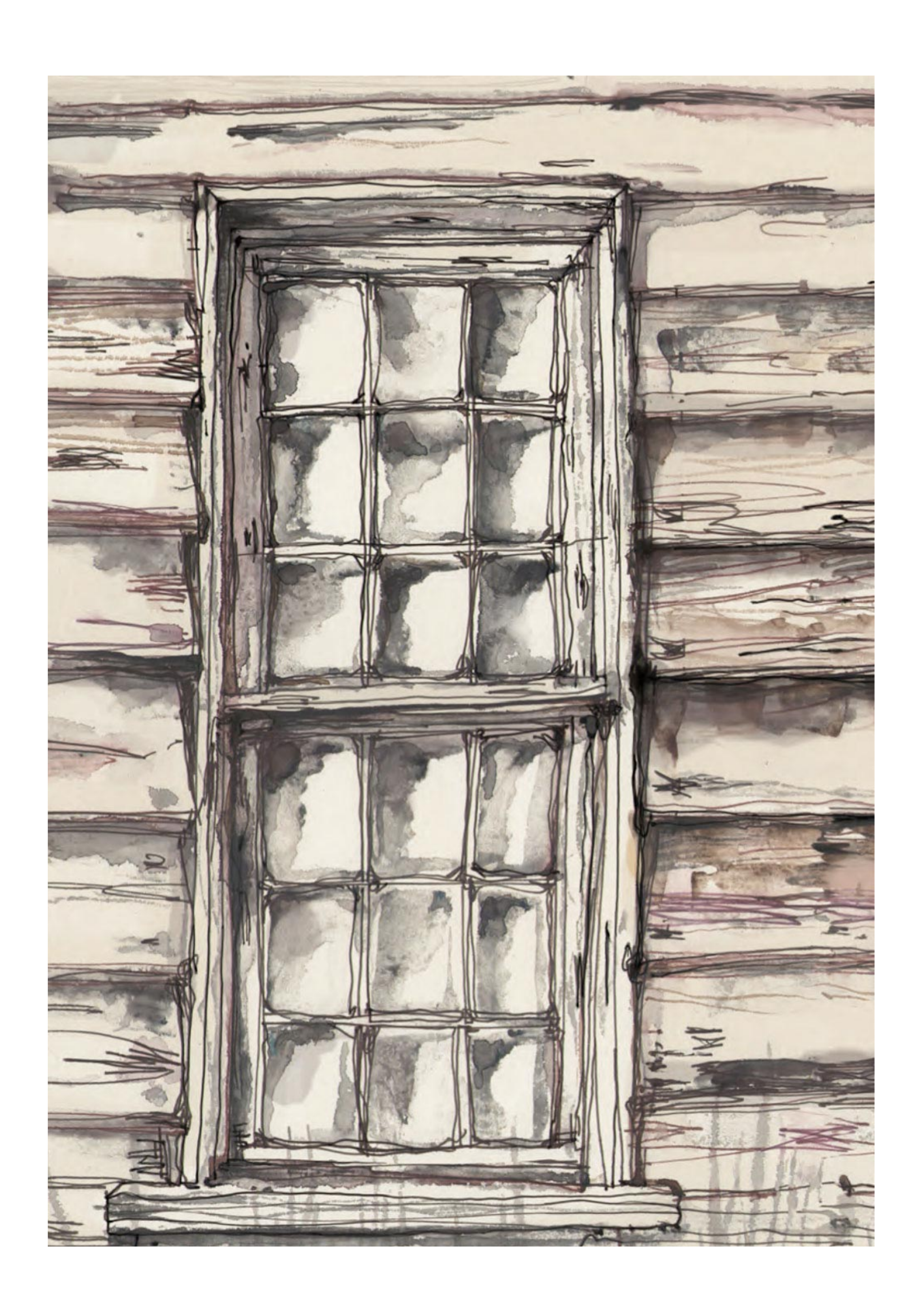
Arrodillada en el suelo, Elisa extendió la mano hacia las piernas de él embutidas en los grasientos pantalones negros. Casi rozó la tela con dedos vacilantes. Luego dejó caer la mano al suelo. Y se encogió, acuclillada como un perrillo zalamero.

—Es bonito como lo describe usted —dijo él—. Solo que cuando no tienes nada que cenar, no lo es.

Ella se levantó entonces muy erguida, con expresión avergonzada. Le tendió la maceta de crisantemos, dejándola con cuidado en sus brazos.

—Tome. Colóquela en el carro, en el pescante, donde pueda vigilarla. A lo mejor encuentro algo que pueda arreglar.

Elisa fue a la parte de atrás de la casa, buscó entre el montón de latas y encontró dos cacerolas de aluminio viejas y abolladas. Volvió con ellas y se las dio.









—Tenga, mire a ver si puede arreglarlas.

La actitud de él cambió. Adoptó un aire profesional.

—Las dejaré como nuevas.

Instaló en la parte de atrás del carro un pequeño yunque y sacó de una caja de herramientas grasienta un pequeño martillo mecánico. Elisa salió del jardín y se acercó a ver cómo arreglaba él las abolladuras de las cacerolas. Trabajaba con gesto seguro y sagaz. En una parte difícil del trabajo se chupó el labio inferior.

—¿Duerme ahí en el carro? —le preguntó Elisa.

—Sí, señora, en el carro. Llueva o brille el sol, ahí estoy, seco como una vaca.

—Tiene que ser agradable —dijo ella—. Tiene que ser muy agradable. Ojalá las mujeres pudieran hacer cosas así.

—No es la clase de vida adecuada para una mujer.

Ella alzó un poco el labio superior, mostrando los dientes.

—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo puede saberlo? —le preguntó.

—No lo sé, señora —admitió él—. Por supuesto que no lo sé. Bueno, aquí tiene sus cacerolas, arregladas. Ya no necesita comprarlas nuevas.

—¿Cuánto es?

—Oh, con cincuenta centavos bastará. Yo cobro poco y trabajo bien. Y así tengo contentos a todos los clientes a un lado y otro de la carretera.

Elisa fue a buscar una moneda de cincuenta centavos a la casa y se la dejó caer en la mano.

—Podría llevarse la sorpresa de que le saliera cualquier día una rival. También yo sé afilar tijeras. Y sé arreglar las abolladuras de las cacerolas pequeñas. Podría demostrarle lo que es capaz de hacer una mujer.

Él guardó el martillo en la caja negra grasienta y retiró el pequeño yunque.

—Sería una vida solitaria para una mujer, señora, y una vida aterradora también, con animales arrastrándose debajo del carro toda la noche.

Luego subió al carro, apoyando una mano en la grupa blanca del burro. Se acomodó en el pescante, agarró las riendas.

—Se lo agradezco mucho, señora —dijo—. Haré lo que me ha dicho; daré la vuelta y cogeré la carretera de Salinas.

—Acuérdese —dijo ella—: si tarda mucho en llegar allí, mantenga la arena húmeda.

—¿Arena, señora?… ¿Arena? ¡Ah, claro! Se refiere a los crisantemos. Por supuesto que lo haré —chasqueó la lengua.

Los animales se apoyaron voluptuosamente en las colleras. El chucho ocupó su lugar entre las ruedas traseras. El carro dio la vuelta y salió del camino de la entrada y volvió por donde había llegado, siguiendo el río.

Elisa esperó delante de la valla, observando el lento avance del carromato. Con los hombros erguidos, la cabeza hacia atrás y los ojos entrecerrados de manera que apenas captaba la escena. Movió los labios en silencio, formulando las palabras: «Adiós…, adiós». Luego susurró: «Es una dirección que brilla. Hay allí un resplandor». Su propio cuchicheo la sobresaltó. Se liberó con una sacudida y miró alrededor para ver si había alguien escuchando. Solo lo habían oído los perros, que dormitaban en el suelo. Alzaron la cabeza hacia ella, luego abrieron la boca, la cerraron de nuevo y siguieron durmiendo. Elisa se volvió y corrió a toda prisa hacia la casa.



En la cocina, comprobó que el depósito estaba lleno de agua caliente de cocinar a mediodía. En el cuarto de baño se quitó la ropa sucia y la tiró a un rincón. Luego se frotó bien con piedra pómez las piernas y los muslos, la parte inferior de la espalda, el pecho y los brazos, hasta dejar la piel enrojecida. Después de secarse, se paró delante de un espejo de su dormitorio y se miró el cuerpo. Apretó el vientre e hinchó el pecho. Se dio la vuelta y se miró la espalda por encima del hombro.

Al cabo de un rato empezó a vestirse, despacio. Se puso la ropa interior más nueva, las medias más bonitas y el vestido que era símbolo de su elegancia. Luego se concentró en el peinado, se perfiló las cejas y se pintó los labios.

Antes de terminar, oyó el leve estruendo de cascos y los gritos de Henry y de su ayudante que metían los novillos en el corral. Oyó el golpe de la puerta al cerrarse y se preparó para la llegada de Henry.

Se oyeron sus pisadas en el porche. Entró en la casa, llamando:

—Elisa, ¿dónde estás?

—En mi cuarto, vistiéndome. Todavía no estoy lista. Hay agua caliente para tu baño. Date prisa. Se está haciendo tarde.

Cuando le oyó chapotear en la bañera, le colocó el traje oscuro en la cama, y la camisa, los calcetines y la corbata al lado. Y le dejó los zapatos limpios en el suelo junto a la cama. Luego salió al porche y se sentó muy estirada. Miró hacia la carretera del río, donde la hilera de sauces todavía estaba amarilla de hojas marchitas y parecía una fina franja de sol bajo la alta niebla gris. Era el único color de la tarde grisácea. Elisa siguió un buen rato allí sentada, sin moverse. Sin apenas parpadear.

Henry salió dando un portazo, colocándose la corbata debajo del chaleco. Elisa se estiró y se le tensó el gesto. Él paró en seco a su lado y la miró.

—Vaya, vaya, Elisa… ¡Qué guapa estás!

—¿Guapa? ¿Tú crees que estoy guapa? ¿Qué quieres decir con *guapa*?

Henry siguió torpemente.

—No sé. Quiero decir que pareces distinta, fuerte y feliz.

—¿Soy fuerte? Sí, fuerte. ¿Qué quieres decir con *fuerte*?

Él parecía desconcertado.

—Estás jugando a algo —dijo impotente—. Supongo que es un juego. Pareces lo bastante fuerte como para partir un ternero en la rodilla, y tan feliz como para comértelo como si fuese una sandía.

Ella se relajó un instante.

—¡Henry! No hables así. No sabes lo que dices —se contuvo de nuevo—. Sí, soy fuerte —se ufanó—. Nunca había sabido lo fuerte que soy hasta ahora.

Henry desvío la vista hacia el cobertizo del tractor y cuando volvió a posar los ojos en ella, volvían a ser los suyos.

—Sacaré el coche. Puedes ponerte el abrigo mientras arranco.

Elisa entró en la casa. Oyó a su marido llegar con el coche hasta la entrada y dejar el motor encendido, y se tomó un buen rato para ponerse el sombrero. Lo estiró por un lado y lo apretó por otro. Cuando Henry apagó el motor, ella se puso el abrigo y salió.

El pequeño coche descubierto enfiló la carretera de tierra de la orilla del río, espantando a los pájaros y haciendo esconderse a los conejos entre los matorrales. Pasaron aleteando pesadamente dos cigüeñas sobre la hilera de sauces y se posaron en el lecho del río.

Elisa vio una mancha oscura a lo lejos, en la carretera. Supo lo que era.

Procuró no mirar cuando pasaron, pero sus ojos no la obedecieron. Susurró para sí con tristeza: «Podría haberlos tirado fuera de la carretera. No le habría costado mucho hacerlo, desde luego. Pero se quedó la maceta —alegó—. Tenía que quedarse la maceta. Por eso no podía tirarlos fuera de la carretera».

El coche tomó una curva y Elisa vio el carromato delante. Se volvió completamente hacia su marido para no ver el pequeño carro cubierto y el tiro dispar cuando el coche los adelantara.

Terminó en un instante. Se acabó. Elisa no miró hacia atrás. Dijo en voz alta, para que se la oyese por encima del motor:

—Estará bien, esta noche, una buena cena.

—Ya has cambiado otra vez —se quejó Henry; apartó una mano del volante y le dio una palmada en la rodilla—. Tendría que llevarte a cenar

fuera más a menudo. Nos sentaría bien a los dos. Se hace tan pesado allí, en el rancho…

—¿Podríamos tomar vino en la cena, Henry? —preguntó ella.

—Pues claro. ¡Por supuesto! Será estupendo.

Ella guardó silencio un rato; luego dijo:

—Henry, en esos combates de boxeo, ¿se hacen mucho daño los hombres?

—Un poco a veces, pero en general no. ¿Por qué?

—Bueno, he leído que se rompen la nariz y que les corre la sangre por el pecho. He leído que se les empapan de sangre los guantes.

Él se volvió a mirarla.

—¿Qué pasa, Elisa? No sabía que leyeses esas cosas.

Paró el coche, luego giró hacia la derecha, por el puente del río Salinas.

—¿Van mujeres alguna vez a los combates? —preguntó ella.

—Sí, claro, algunas. ¿Qué pasa, Elisa? ¿Te apetece ir? Creo que no te gustará, pero si de verdad quieres ir, te llevaré.

Ella se relajó lánguidamente en el asiento.

—Oh, no. No. No quiero ir. Por supuesto que no —apartó la cara de él —. Bastará con que tomemos vino. Será más que suficiente.

Se subió el cuello del abrigo para que él no viera que estaba llorando débilmente: como una mujer vieja.

























Esta pequeña obra maestra de Steinbeck retrata la vida de Elisa Allen, una mujer fuerte y apasionada, que lleva una existencia sin brillo, dedicada a su hogar. Casada con un granjero de California, su única ilusión y orgullo es el cultivo de sus flores. La aparición de un buhonero le hará cuestionarse, en cierto modo, su condición de mujer.

Aparecido por primera vez en 1937 en la revista *Harper*, el autor norteamericano nos habla de la cuestión del género de una manera sutil y delicada. Es un momento en el que el mundo de las mujeres está dominado por los hombres, que impiden su realización personal, social y sexual.

El simbolismo que subyace a lo largo de toda la obra hace que sea uno de los relatos cortos más bellos e imprescindibles del ganador del Premio Nobel en 1962.



JOHN STEINBECK (Salinas, 1902 - Nueva York, 1968). Narrador y dramaturgo estadounidense. Estudió en la Universidad de Stanford, pero desde muy joven tuvo que trabajar duramente como albañil, jornalero, agrimensor o empleado de tienda. En la década de los treinta describió la pobreza que acompañó a la Gran Depresión y tuvo su primer reconocimiento crítico con la novela *Tortilla Flat*, en 1935.

Sus novelas se sitúan dentro de la corriente naturalista o del realismo social norteamericano. Su estilo, próximo al periodismo, se sustenta, sin embargo, en una gran carga de emotividad en los argumentos y en el simbolismo presente en las situaciones y personajes que crea. Obtuvo el Premio Nobel en 1962.



CARMEN BUENO (Madrid, 1983). Estudió arquitectura en Madrid y se posgraduó, especializándose en restauración del Patrimonio Histórico. Ha compatibilizado obras de restauración con el desarrollo de trabajos de ilustración, varios discos de música, diseño de marcas para profesionales, revistas y talleres de ilustración tanto para niños como para adultos.

Hoy continúa su camino más centrada en alimentar su vocación de ilustradora. El amor a la lectura y al trabajo bien hecho le ayudan a decantarse por un trabajo u otro, con el reto de poder aprender cosas nuevas y crecer como profesional.